



# MIGUEL DE CERVANTES

NO respondería esta sección a su prestigioso, prestigiado y prestigioso título, si a ella no viniese el mlite inmortal que mancó en Lepanto. ¿Quién como él, ni quién antes y primero que él? ¿Puede alguien presentar mayores títulos, derechos mejores, más alta ejecutoria? Por eso viene a ella, siquiera sea traído por nuestra modestia —pero que a nadie cede puesto en admiración, veneración y culto al Príncipe de los Ingenios—, por eso viene, repetimos, Miguel de Cervantes Saavedra —que dijo él—, o Cervantes y Cortina, que debfa de ser por ley de herencia de apellidos; pero si él, teniendo precedentes en sus mayores, que prefirieron el Cervantes a otros, prefirió el Saavedra al materno Cortina, no hizo nada nuevo en su familia, ni nadie por ello pudo pedirle cuentas, sino doña Leonor, su madre, de quien no se sabe —por lo menos nosotros lo ignoramos—, que se la pidiera, ni siquiera le reprochase la preterición de su, si no esclarecido, sí limpio y honrado apellido.

Pero no le traemos aquí para decir quién fué ni qué hizo; para hacer, siquiera fuese pequeña —siempre tendría que ser pequeña: por la grandeza de él y por nuestra pequeñez, ya que al hacerlo no podríamos «contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra a su semejante»—, una historia, una biografía del insigne alcaláfo. Tal equivaldría a pretender descubrir, ahora, a Miguel. Y no estamos —Dios sea loado— tan faltos de tacto y de juicio como para tanto.

No embargante, algo hay que decir; por ejemplo, glosar uno de sus múltiples aspectos, una de las numerosas y relevantes facetas de su gigantesca figura. Y esto, ya es dable y aún laudable; más loable que factible; al menos, con la gallardía que tan alta figura merece y exige.

Vamos a mirarle como soldado, condición que él tanto amó y exaltó, y que siempre la coloca por sobre otra, preciándose y enorgullicándose de ella más que de todo cuanto él fué y le inmortalizó, incluso la de escritor, no embargante haberle colocado su pluma en el más alto lugar de las hispanas letras. Dándose el caso curioso, casi paradójico, de que si se sabe de él como soldado, y en lo que él esti-

maba y tenía esta condición, es porque él lo dice en su obra; y si como tal se ha inmortalizado, ha sido por virtud de su obra inmortal. Sin embargo, él ama y estima más su condición de soldado que la de escritor, teniendo aquélla —de la que se muestra siempre locamente enamorado— como predilecta y por encima de toda otra.

Siempre, y sin ningún género de dudas, tuvo Miguel en más su carácter de soldado que el de escritor, a pesar de saber plenamente su elevadísima alcurnia literaria, a muchos codos por encima de la de sus contemporáneos y rivales, que se llamaron nada menos que Lope de Vega, Quevedo, Calderón, Góngora, los Argensola y toda aquella pléyade de ingenios del Siglo de Oro de las letras españolas.

Lo sabía muy bien, se sabía Príncipe de los Ingenios, y aun con todo, blasonaba y se ufanaba de soldado antes que de literato y anteponía siempre las armas a las letras. Detrás de la condición de soldado se le iba el alma, entusiásticamente, admirativamente, y de una manera impetuosa e incontenible, con fervores no superados y con orgullo no igualado por nadie.

Y así vemos cómo le exalta hasta el paroxismo y la más santa ira la innoble reticencia del menegado Avellaneda, el autor del falso Quijote, sobre la herida que, recibida en Lepanto, le mancó de la mano izquierda; y le contesta en el prólogo a la segunda parte del Hidalgo Manchego: «Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pásase por mí; o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros; que el soldado, más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y esto es en mí de manera que, si ahora me propusieran y facilitarían un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella».

Y como si aún le pareciese poco lo dicho, he aquí lo que añade sobre estas gloriosas heridas, en el prólogo a sus *Novelas Ejemplares*, como final y complemento a su autorretrato: «Fué soldado muchos años, y cinco y medio, cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria».

Y en infinitos pasajes de su vastísima e imponderable obra, no desaprovecha ocasión que se le ofrezca —si es ya no es que él la buscó y creó con ese preciso y premeditado propósito— para dedicar loas y ponderar y enaltecer las armas y el soldado —para él, soldado y armas son uno y lo mismo—, su vida, sus vicisitudes, su arrojo, su liberalidad, su abnegación, su heroísmo, el valor de su función, los beneficios que a la Patria prestan, etc., etc. Que sus ardientes, exaltados fervores militares, colocando las condiciones del soldado por sobre toda otra, se encuentran a cada paso en él, con innumerabilidad de encomios en muchedumbre y diferencia de pasajes. Sin salirse del mismo Ingenioso Hidalgo, los encontramos en cantidad sobrada y de extrema elocuencia para probar nuestro aserto con asaz de testimonios.

Y así, y en primer lugar, tenemos el famoso e insuperado discurso de las armas y las letras, encomio excelso de aquéllas, que, por

Hombres ilustres  
de la Provincia de Madrid



él, quedan muy por encima de éstas, al «tener por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida». Portentoso discurso —«preámbulo» lo llama él, modestamente—, exponente máximo, síntesis suprema donde condensa, a la vez que exalta, el más entusiasta y elevado canto a las virtudes castrenses —ejemplo y paradigma de virtudes cívicas—, manifestador todo ello y ostensorio de la consideración y aprecio, del concepto y estima que Miguel tenía de la condición de soldado, para él la más alta y noble ejecutoria.

Y están también —tomados de aquí y de allí, al acaso, sin orden, preferencia ni predilección—, el pasaje del bachiller Corchuelo y el licenciado, consumado diestro en el manejo de la espada, siendo Don Quijote juez en el torneo de entrambos, donde aquél le dió al arrogante bachiller tan rotunda y convincente lección, a golpe de florete, destocándole primero, contándole con la punta de la espada los botones de sotana después y, por último, desarmándole totalmente...; el relato, preciso y circunstanciado hasta en los menores detalles, que hace el cautivo de la batalla de Lepanto, y del encuentro entre las galeras donde, dice, quedó prisionero; todo con un entusiasmo, un fervor sólo capaz en un exaltado mlite, y con conocimiento asombroso de la técnica guerrera, de las naos, sólo comprensible, y posible, en una pasión militar tan desmedida y absorbente como la de Miguel...; la bellísima arenga que dirigió al «gallardo escuadrón del pueblo del rebuzno», que salía a contender en batalla con el otro pueblo vecino, uno de sus afrentadores, y que tuvo para Sancho, por su imprudente intervención rebuznadora, «final de varapalo», que le molió...; el pasaje aquel donde, en el camino de las bodas de Camacho a la venta —que «da juzga por verdadera venta y no castillo», y donde acaeció la serie de sucesos que se siguieron del retablo de maese Pedro—, toparon con el paje que alegre y solícito caminaba «a sentar su plaza de soldado en unas compañías de Infantería» que se formaban para marchar a la guerra, y a quien, entre otras cosas de levantado espíritu militar, hubo de decirle: «Porque no hay en la tierra otra cosa más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente y luego al Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, si no más riqueza, por lo menos, más honra que por las letras; puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que aventaja a todos...; y si en este honroso ejercicio os coge la vejez, aunque sea lleno de heridas y estropeado, o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza...» Y muchos otros pasajes más que traerse a cuento podrían, pero de cuyo traslado hacemos gracia al sufrido lector para no cansarle más, haciéndonos reiterativos y pesados.

Porque toda su obra no es más que un continuado florilegio del soldado y de las virtudes castrenses, ni más ni menos que si fuese un hermoso y ameno prado esmaltado de esas preciosas, odorantes flores, cuyos perfumes, trascendentes a heroísmos y eternidad, se queman en el sagrado altar de la Patria.

De cuyas flores, para final de esta crónica y en síntesis y confirmación de cuanto dicho queda, vamos a formar un ramillete de pensamientos y frases cervantinas sobre el tema, espigados al azar en el ubérrimo campo de sus escritos inmortales. Aunque no es preciso salirse para ello del Quijote mismo, que los ofrece en prodigalidad y a cual más elocuentes: «Es la paz el verdadero fin de la guerra, porque el fruto de la guerra, en la paz felicísima se encierra.» «La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes.» «Nunca la lanza embotó la pluma ni la pluma a la lanza.» «Y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandarle pueden. Y advertid que al soldado mejor le está oler a pólvora que a algalfa.» «La honra que al soldado le alcanza se graba con puntas de acero en láminas de bronce con letras de esplendor de las victorias que desconciertan al enemigo restando sus defensas.» «Porque no hay cosa como la honra y fama del soldado, que vale más que todas las riquezas juntas...»

Y aquí hacemos punto final —de seguir, nos haríamos interminables—, por no dilatar más este ya por demás dilatado artículo, en la confianza, en la seguridad de que su tesis queda suficientemente propugnada, no por obra del glosador-compilador, sino por la fuerza probativa, la elocuencia incontestable de los textos y pasajes aducidos, donde Miguel, el primer infante español, mancado en Lepanto, se enorgullece de su condición de mlite, encomiándola y proclamándola por sobre toda otra nota, fama y honra, incluso sobre las letras, valiéndose, paradójicamente y a mayor abundancia y en más fuerza, de las propias letras que le hicieron inmortal nada menos que en el Siglo de Oro, y entre tanto esclarecido ingenio, proclamándosele a él Príncipe de los Ingenios.

L. G. H.



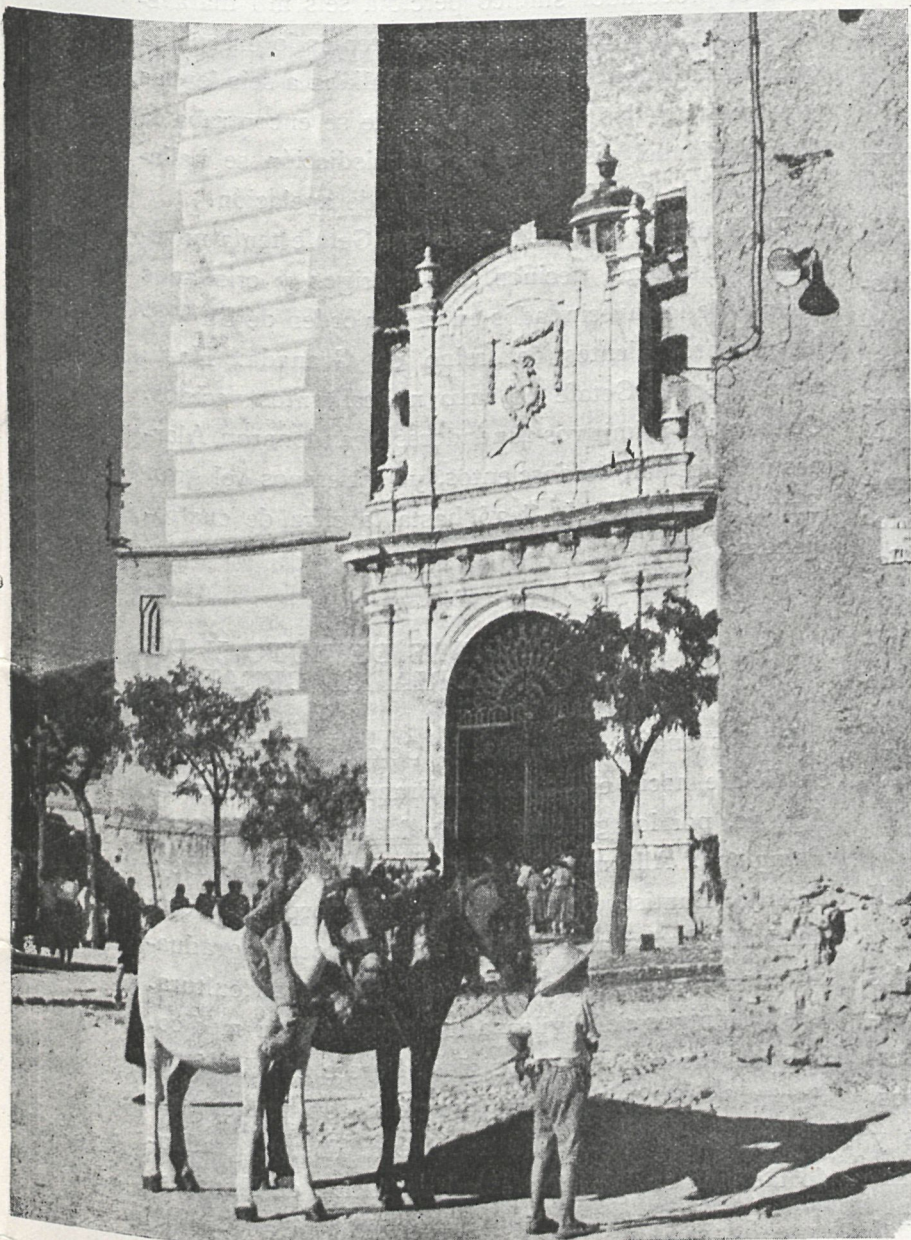


**C**UANDO el Rey Fernando III el Santo contrajo matrimonio con Beatriz de Suabia, hija del Emperador Felipe; cuando el mismo Rey convocó Cortes en Burgos para continuar la guerra contra los infieles y el Obispo de la ciudad castellana bendijo su espada y su pendón y se echó la primera piedra de la afiligranada catedral de la capital de Castilla, allá por la primera mitad del siglo XIII, nació para España el Municipio de Getafe, por obra de uno de sus más modestos vecinos: Andrés González de Sepúlveda.

En realidad, toda la villa de Madrid fué rescatada

## GETAFE NACIO CUANDO LA CATEDRAL DE BURGOS

**Profunda religiosidad getafeña a lo largo de los siete siglos de su existencia**



del moro en el siglo XI por Alfonso VI, al que llamaban «el de la mano horadada», calificativo que desde estas columnas brindo a los historiadores como motivo de una interesante investigación.

Y en un lugar cercano al camino real de Madrid hacia Toledo, húmedo y enfermizo, los primeros fundadores de Getafe levantaron sus sencillas casas de adobe. El primero que se afincó en este terreno fué Ruiz de Alarnes y también el último que lo dejó. Por esta causa el terreno, mejor dicho, el poblado incipiente, se denominó Alarnes, en homenaje y recuerdo de su primer habitante. Las enfermedades y las plagas se cebaron en los vecinos, quienes huyeron. Poco a poco, a lo largo y a orillas del camino real, buscando mejor acomodo, los habitantes de Alarnes se fueron asentando en él, y Andrés González Sepúlveda fué el primero que construyó su casa después de abandonar el primitivo poblado. Esto ocurría allá por el año 1326, es decir, cuando nació a la vida jurídica y nacional Getafe.

Ya los moros cristianos le habían dado nombre con aquel gracejo que les caracterizaba. Al pueblo largo, conformándose con los líneas del camino real, le llamaron Jata, que en árabe quiere decir «cosa larga», y en castellano Xetafe. Xetafe o Getafe es, pues, cosa larga, pueblo largo, alargado, construido a lo largo de la carretera. Verá el lector que el nombre se adaptaba realmente a la configuración del nuevo Municipio.

Ruiz de Alarnes y una señora, llamada doña Romera, allá por el siglo XIII, eran los únicos habitantes del primitivo pueblo. Sin embargo, los vecinos del moderno Xetafe, cuando tenían que casar a alguna de sus hijas, iban a Alarnes, a la casa de doña Romera, para que les dejara un célebre manto que ella poseía, azul y con botones de plata, y con el que pretendían realzar el exorno de las novias.

### INFLUENCIA DE LA CAPITAL

La influencia que sobre Getafe ha ejercido Madrid ha sido grande a lo largo de su historia. La villa de Madrid convirtió en Común

**Prohombres de la Corte asentaban sus molinos y heredades a lo largo de "Xetafe" moro**





todos sus pastos y fueron también los prohombres de la Corte los que establecieron en Getafe sus molinos y sus heredades.

En 1576 declaraban al Rey Felipe II que «a una legua grande hacia donde el sol nace, tiene el Secretario Vargas una buena casa de placer con un buen palomar y una huerta de hortalizas y con muchos árboles de diferentes frutas, un molino de pan, dos sotos y más de cincuenta yuntas de tierra de labor...» Y que todo fué público y común de Madrid y su tierra. El Secretario Vargas lo adquirió de un heredero de los Mendoza. Pasado el río, una casa, cortijos y soto pertenecían a un escribano de Madrid, don Francisco de Solís Manrique. Los molinos de Aldegüela eran de don Diego Ramírez, caballero de Madrid; a legua y media del pueblo, en lugar denominado La Panja, don Luis de Toledo, caballero de Madrid, poseía otro molino con un soto y, junto a la ribera del río Manzanares, don Pedro de Luzón tenía otro de los molinos de que se servía Getafe. Los apellidos proclaman el ilustre linaje de las familias propietarias de las industrias y de los terrenos getafeños más ricos, así como su entroncamiento con la historia de la propia capital de España.

#### GETAFE EN EL SIGLO XVI

En tiempos de Felipe II los edificios del pueblo eran casi todos iguales en obras y materiales. Existía un hospital que fundó Alonso de Mendoza, dotado de cuatro cuartos altos y sus correspondientes corredores; los pilares eran de piedra blanca en las partes bajas y de ladrillo y yeso en las altas. En la parte baja existía una sala grande y, en ella, una capilla con un retablo dedicado a San José. Don Antonio de Luna, caballero de Toledo, y don Luis de Toledo, vecino de Madrid, así como don Jerónimo de Mendoza, criado de Su Majestad el Rey, y los frailes de El Pualar, poseían otras fincas urbanas de igual entidad, las más principales en el siglo XVI, con portadas de arcos y labradas de cal y canto, amén de pilares de piedra blanca y berroqueña.

#### SU POBLACION

La mayor parte de la población hace cuatro siglos eran labradores pecheros, y pecheros curtidores, zapateros, sastres, tejedores, de lienzo y sarga («xerga»), cardadores, peinadores, carreteros y herreros. Había hijosdalgos en treinta y dos de sus casas y mujeres viudas de hijosdalgos. La industria más sañeada de Getafe en aquel entonces —herencia de mo-

ros— era la de la elaboración a base de xerga y la de confección de costales de grosera lana. De Getafe se abastecían Toledo, Madrid, Alcalá, Guadalajara y Cuenca, que aplicaban sus artículos a las necesidades de la albardería. Se confeccionaban también redes labradas para arreos —según la expresión de la época— de camas y almohadas, y de ellos abastecía a la mayor parte del reino. También destacaban las barrenas para carreteros y otros oficios. Desde más de cincuenta leguas venían hasta Getafe para adquirirlas y llevarse al paso los famosos azadones getafeños.

#### VIDA MUNICIPAL

La Alcaldía se hallaba desempeñada por dos Alcaldes ordinarios, uno hijodalgo y otro pechero —uno cada año—, asistidos por tres regidores y dos alguaciles, dos escribanos, un procurador síndico y otro del Concejo. Ni alcaldes, regidores, escribanos y alguaciles recibían del Ayuntamiento salario alguno. Sólo el procurador síndico percibía seis mil maravedís y otros seis mil el municipal, teniendo en cuenta que Madrid, donde actuaban, se hallaba a seis leguas y a treinta y dos Valladolid, donde se encontraba la Cancillería del distrito a cuya jurisdicción se hallaba sometido Getafe en los grados de apelación.

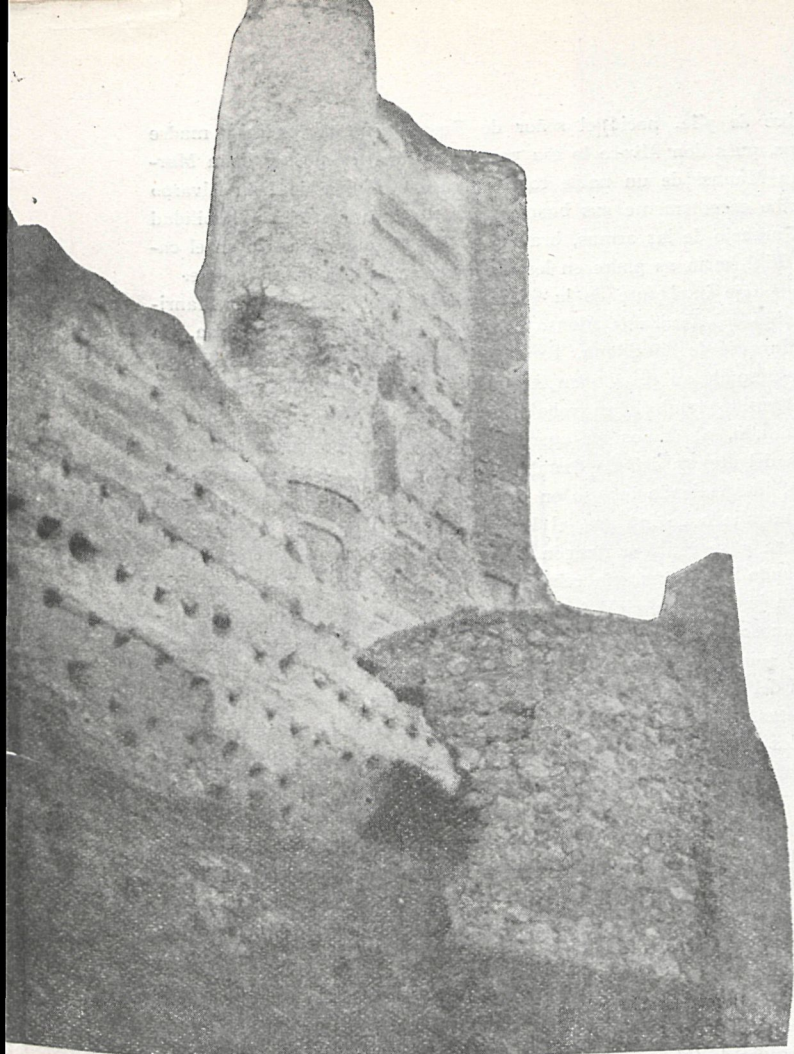
En el último tercio del siglo XVI Getafe tenía novecientos cincuenta vecinos, con clérigos y cristianos nuevos de los vecindados en él por orden de Su Majestad, provenientes del reino de Granada. Hasta aquella época Getafe no tuvo nunca tantos vecinos. Cuando los primitivos fundadores abandonaron Alarñes no excedían de doscientos, y en tiempos del gran Emperador Carlos I, llegó hasta la cifra de cuatrocientos.

#### PAGINAS DE LUTO Y DE GLORIA DE GETAFE

En los anales históricos de Getafe se cuenta que en Getafe nació el licenciado Francisco de Alderete, Alcalde, por los guardas de Su Majestad el Rey, en Pamplona. Allí murió ostentando este cargo. Dejó un hijo, Bautista de Alderete, al que sorprendió esta narración hecha ante Felipe II. Fué doctor, graduado por la Universidad de Alcalá, y de gran cultura. Los canónigos de Sigüenza le nombraron su médico. Después de más de dos siglos, florece en Getafe la figura de un descendiente directo de su primer fundador, don Francisco de Sepúlveda, doctor, graduado también en la Universidad de Alcalá de Henares,

(Sigue en la pág. 65.)





zas de que aparezca quien sea capaz de curar su mal de avanzada ruina que le emplaza a muerte segura. La espiritual del olvido hace luengos años que le llegó.

\* \* \*

La carretera baja a beber al río en rápidas curvas. Al dar una de ellas nos enfrenta con el castillo. Se yergue éste, al parecer, con cierto empaque, sobre un montículo, pequeño por esta parte, pero alto y escarpado por la que mira al Tajo. Mi compañero de viaje sigue hacia el pueblo en el coche, bordeando el montículo. Va a cumplir deberes administrativos provinciales y me deja a mí con las viejas ruinas; la mejor soledad en compañía para pensar.

Es invierno y la tierra, mojada y gredosa por recientes lluvias, se empeña en pegarse a los zapatos, no acostumbrados a esta clase de lucha con el pavimento. Antes de llegar al cuerpo del castillo, que se levanta en el plano superior del terreno, un solitario y desmochado cubo de piedra, con un gran boquete en el flanco, testifica hubo allí una primera línea de muralla. Por su posición, frente a lo que fue entrada central, debió defender ésta junto a otro compañero que ya no existe. Desde aquí es la mejor vista de la fortaleza y su fachada principal. Forma un amplio cuerpo de unos 25 metros, que debió ser de buena fábrica, del que han sido arrancadas casi totalmente las piedras de sillería, dejando los agujeros delatores del delito y los ojos ciegos de dos saeteras. Tiene feroces destrozos en la parte alta, totalmente sin almenas e irregular. En sus ángulos derecho e izquierdo levantábanse unos grandes cubos protectores. El de la izquierda se ha resuelto hasta quedar en un deforme muñón de tierra mezclada con relleno de piedra, y aparece separado como cuatro metros del lienzo, hundido o tirado para facilitar el paso. El de la derecha, que conserva todavía sus piedras, es más alto que el muro, pero termina en pico por el roer incansable del tiempo, que le fué chupando poco a poco como a un caramelo pirulí. En el centro se alza soberbia, aun en su desmoche, la que fué gran torre cuadrada de «Los Piquillos». Levanta la cabeza varios metros sobre el resto del lienzo, con media docena de gruesas losas de sillería a la derecha. Enorme boquete, tapado con tierra, se abre en su base cual boca de gruta cegada; fué la puerta del gran castillo. Unos diez metros más arriba, otro hueco cubierto, quiere recordar, en su deformidad, una ventana sin esperanzas de humano usuario... Son las dos únicas cavidades en todo el cuerpo, en el que no aparece ningún escudo. La torre tiene en sus dos ángulos, a partir de tres metros del suelo, sendos esbeltos cilindros de ladrillo, bastante bien conservados, que corren hasta lo alto y proporcionan delicada elegancia al conjunto. La cima se halla tan carcomida como el resto del edificio. En su origen es de presumir que los cilindros terminaren en respectivas atalayas.

EN la carretera de Valencia, a 63 kilómetros de Madrid, se encuentra un pueblo de los más modestos y olvidados de la provincia. Fuentidueña de Tajo o de Ocaña es su nombre, de sonoridad medieval, como el orgulloso castillo a cuyo pie se refugiaba antaño, y al que vuelve hogaño las espaldas sin preocuparse de sus pobres y ruinas. Al otro lado del río, la tierra madrileña, como en último impulso expansionista, penetra unos cuantos kilómetros cuadrados en la provincia de Cuenca, en forma de cabeza de puente, pero un sensible geógrafo capta pronto que el Tajo es la divisoria natural. El castillo fué su mejor mojón por este lado. Otros gemelos se escalaron, y más o menos ruinosos siguen escalonándose, a lo largo de la línea Sur de nuestra provincia hasta llegar, torciendo hacia el Alberche, al milenario castillo de San Martín de Valdeiglesias. Uno al Este y otro al Oeste, vivieron suerte semejantes en el transcurso del movido siglo xv, como objetos de un mismo dueño: el tan magnífico como discutido don Alvaro de Luna. El fin, no obstante, ha sido muy distinto: el de San Martín de Valdeiglesias ha sabido encontrar en nuestro siglo, en el momento preciso en que se desmoronaba, al restaurador inteligente, artista y adinerado, en la persona del barón de Sacro Lirio, que le salvó de perecer; el de Fuentidueña, si ni halló su rehabilitador ni, lo que es peor, puede tener esperan-

Hablamos de ángulos refiriéndonos siempre a dos. El porqué viene ahora: Toda la fachada descrita es un simple murallón sin fondo, levantándose sobre el suelo en equilibrio inverosímil. El efecto de fuerza que da a nuestra retina es una ilusión. Ni los dos ángulos del muro tienen otros con quienes ir a enlazar, ni los de la torre forman ya cuadrado con sus semejantes de detrás. Ni siquiera el cubo superviviente de la derecha, que mira a la carretera, es redondo en toda su medida. La magia de los días de Juan II y de Enrique de Villena, nos reservaba esta última jugarreta medieval, y al dar la vuelta a la fachada comprobamos que todo es como un lienzo de farsa que mirase al viandante. Allí sólo hay tierra. Tierra el suelo, tierra la pared única, tierra el cubo, tierra que trepa hasta lo alto de la que fué esbelta torre de «Los Piquillos». Es un gigantesco frontón, en el que el tiempo ha jugado a tirar con enormes



# CASTILLOS DE MADRID

Fuentidueña, señorío santiaguista y de los Lunas



pellas de barro. Una gran explanada con profundos altibajos, un corte o foso primitivo que corre de lado a lado, sueltos menhires de barro y relleno en lo que fueron sitios estratégicos de defensa, es actualmente lo que en otros tiempos constituyó recinto del castillo de Fuentidueña, sólo comparable en fortaleza al cercano de Aurelia u Oreja, aguas abajo del río y ya en la provincia toledana. En lo ruinoso pueden también hoy seguirse comparando.

Desde la meseta o explanada, que domina por este lado pueblo y campiña, la vista es bella y triste a la vez, al menos en este día de invierno. Se ve la línea turbia del viejo Tajo, los campos que se extienden libres hacia el Sur, la ermita de la Virgen de la Alarilla sobre un altozano allende el río (donde «existía un castillo», según anota Madoz) y, a nuestros pies, la villa, deslizándose cojeando por la pendiente hacia el río. Fué villa romana; sus tierras han vomitado monedas, trozos de esculturas e inscripciones con nombres cabalísticos o de anónimos «Multius Portios». Todo lo dominaba el castillo fortaleza, hasta la pequeña y antigua iglesia parroquial de San Andrés, que sigue tocando sus viejas campanas.

Hoy el castillo y la villa han reñido. Aquél mira solo a la carretera y da su espalda terrosa al pueblo; la villa no hace maldito el caso al castillo. Sólo algunos chicos vienen por estos altos, de generación en generación, a batallar con piedras donde antes se combatía con ballestas. Algunos habitantes, los más míseros, siguen aprovechándose de las cuevas naturales que se abren en el desmonte, para instalar en ellas sus primitivos ajuares que sueltan el humo cocinil por chimeneas de barro en forma de tiestos invertidos. Los muertos son los que se han instalado más cerca del castillo, cuando se les prohibió enterrarse en la iglesia y aledaños. El cementerio, al otro lado de la carretera y frontero al castillo, parece querer recordarle que pronto le llegará también la hora del descanso eterno, como una profecía de su contemporáneo Jorge Manrique.

\* \* \*

El reloj deja aún tiempo para recordar mejores épocas de toda esta ruina. Como tantos otros castillos madrileños, no se sabe cuándo se iniciaron las obras de nueva planta del de Fuentidueña. Es hijo de sucesivas transformaciones. En la reconquista de la provincia debió tomar su impulso definitivo, por su estratégica situación para uno y otro bando contendiente. En él otorgó primer testamento Alfonso VIII, un 8 de diciembre de 1204, y hasta precisa la tradición que lo hizo en la torre de «Los Piquillos». El lo había conquistado, al igual que la fortaleza de Oreja, y en 1171 resolvió hacer donación de uno y otro, con sus anejos y varias villas ribereñas del río, hasta la propia Aranjuez, a la Orden Militar de Santiago (1). Cuando regresó victorioso de Las Navas, hizo alto en Fuentidueña para gozar de bien ganado reposo. Doña Urraca también lo habitó en varias ocasiones de su azaroso y novelesco reinado, así como Alfonso X.

Alejados los moros definitivamente muy allá del Tajo, el castillo entró en la fase de servir, no en guerras contra el extranjero invasor, sino en fratricidas luchas de bandería. Utilízase para la política de ocasión de su señor, como seguro refugio para él y sus amigos o sólida cárcel para los enemigos, y cambia frecuentemente de amo por ir anejo su disfrute al Maestrazgo santiaguista.

El escenario en que alcanzó nombrada el castillo de Fuentidueña fué el del siglo xv, tan rico en desmanes políticos como en brillo artístico-literario. En este ambiente de los últimos Trastámara y de su cortejo de ambiciosos nobles, vino al mundo el bastardo Pedro de Luna, el que pasó a la Historia como Condestable don Alvaro de Luna. Primero de nuestros grandes favoritos, ha sido uno de los personajes más apasionadamente discutidos. La mejor justicia que puede hacersele es decir que fué fruto de su tiempo, sin más ambición y codicia que los que le rodeaban y con el mérito indiscutible de aventajar a todos en probada valía política y lealtad a su rey. Sucede al rebelde Infante don Enrique en el cargo de Maestre de Santiago, que le da la posesión de numerosas villas y castillos de la Orden, entre ellos Fuentidueña.

Pero don Alvaro reservó sus amores castellanos para la fortaleza de Escalona y el madrileño castillo de San Martín de Valdeiglesias, y cede el señorío de Fuentidueña a uno de sus hijos más queridos, don Pedro de Luna. Hijo bastardo como él y llevando su primer

nombre de pila, nació el señor de Fuentidueña de padre y madre viudos, pues don Alvaro lo era ya de su primera esposa y doña Margarita Manuel de un noble toledano. La «Crónica de Don Alvaro» describe escuetamente sus buenas prendas, rara destreza y habilidad en el manejo de las armas, bravura y lealtad, que demostró en el cañiño filial hacia su padre en los momentos más difíciles para éste.

Personaje intrigante de la época fué el Adelantado Pedro Manrique, hijo del Almirante Alonso Enríquez y de Juana de Mendoza, tía del Marqués de Santillana. Tomó parte en el atraco de Tordesillas y, de regreso de su refugio en Aragón, vióse envuelto en otro proceso que terminó también en rehabilitaciones y endebles concordias. El Adelantado, al menos en apariencia, portóse luego como leal a la causa del Rey y del Condestable en las guerras de Granada y Navarra, interviniendo incluso en el cerco puesto en Alburquerque a su antiguo aliado de intrigas, el Infante don Enrique, que al fin rindió la plaza y se retiró a Aragón (2).

Cuando la paz parecía reinar por fin en Castilla, cuando se celebraban justas en Madrid (año 1433) y don Suero de Quiñones se hacía famoso en el puente de Orbijo con su caballeresco «paso honroso» (1434) —imitado años más tarde por don Beltrán de la Cueva—, un orden del rey mandó poner preso al Adelantado Pero Manrique. Los cronistas de entonces, o no supieron la causa o se la callaron por especiales razones; los de hoy, todavía no la han averiguado (3). Limitémonos, pues, a narrar los hechos: Se hallaba la Corte en Medina, recién pasados los regocijos de Alfaro por los desposorios de la princesa navarra doña Blanca con el príncipe heredero de Castilla don Enrique, luego triste IV rey de su nombre. El 13 de agosto de 1436 sostenía Consejo Juan II con el Condestable y otros consejeros, cuando hizo llamar al Adelantado y, encarándose con él, espetóle estas palabras que recoge la «Crónica»: «Adelantado, por algunas cosas que cumplen a mi servicio, yo vos mando que vades con el Condestable a su posada». Don Alvaro de Luna se llevó a su posada al Adelantado, comió con él y luego le dejó bien cerrado en una torre, bajo la custodia de Gómez Carrillo de Albornoz.

El Almirante don Fadrique obtuvo del Rey la promesa, para su hermano de madre, de que sería confinado en Roa, pero no sólo dejó de cumplirse tal promesa, sino que a continuación fueron también detenidos la mujer y dos hijos del Adelantado. Como estos actos levantasen vientos de fronda, don Alvaro de Luna buscó como lugar más seguro para los presos el castillo de Fuentidueña. A él llegaron un día del mismo agosto, rodeados de nutrida escolta, Pedro Manrique, su esposa e hijos, quedando todos bajo las órdenes de Gómez Carrillo, quien tenía la fortaleza por el Rey. Dada la calidad de los huéspedes, debieron estar alojados en la torre de «Los Piquillos» y ser atendidos con deferencia caballeresca por Gómez Carrillo de Albornoz. Ello no impidió el que don Pero Manrique enfermara a poco de gravedad, durándole los achaques casi todo el tiempo que permaneció en Fuentidueña.

No hay cárcel segura sin fieles carceleros y, al cumplirse el año de la extraña detención, el 20 de agosto de 1437, la complicidad de unos criados de Gómez Carrillo con el yerno del detenido, don Alvaro de Estúñiga, proporcionó al Adelantado y familia una aparatosa huida de trovador, descolgándose por medio de cuerdas de cáñamo desde lo alto de una ventana. Quizás ese hueco negruzco que hoy se ve en la fachada de la ruinoso torre.

La prisión del Adelantado fué la piedra de toque para volver a reunir a los únicamente adormecidos conjurados. Su huida, la puesta en marcha de la conjura contra el Condestable, en la que tomó parte decisiva la propia Reina que el mismo don Alvaro había aupado al trono de Castilla. El Adelantado no pudo ver satisfecha su venganza. En los días en que la Corte celebraba nuevas nupcias del príncipe heredero con Isabel de Portugal —la que en la noche de bodas «quedó tal cual nació»—, fallecía Pero Manrique del mal atrapado en el castillo de Fuentidueña. Corrió la especie de un envenenamiento proporcionado astutamente en las comidas que allí le dieron, y la «Crónica del Rey» así lo insinúa: «Algunos quisieron decir que en la prisión

(2) Fué tal el poderío de los Infantes de Aragón dentro de Castilla, que llegaron a tener bajo su mano plazas tan importantes y alejadas como Toledo, Peñafiel y Alburquerque.

(3) Rizo apunta una carta dirigida al Rey, suscrita por Pedro Manrique y el Almirante don Fadrique, pidiendo la destitución del Condestable; pero está probado que tal carta fué posterior a la fuga de Fuentidueña.

(1) «Bulario de Santiago», doct.º 132.